

editorial

PRIMERO
DE
MAYO

Lo esencial es formar debidamente la conciencia política de la clase trabajadora. Esta reflexión acude a nuestra mente en vísperas de la celebración del Primero de Mayo. En los países capitalistas, la tradición aconseja que los trabajadores recuerden la efemérides de una manera propia, singular, como una fecha significativa de sus luchas económicas, de sus lentos y penosos avances, de sus crueles retrocesos, en el desenvolvimiento social. Las formas de esta celebración cada vez se van haciendo más rituales y, por lo mismo, más mecánicas, más extrañas a la corriente de la vida. Lo hemos comprobado en nuestro propio país en los últimos años. La organización de trabajadores convoca a sus afiliados a reuniones públicas en las que, ante concurrencias escasas y apáticas, los dirigentes hacen el recuento de la actividad anual y plantean fórmulas estereotipadas de lucha por sus reivindicaciones económicas. No puede suponerse que unos pocos miles de trabajadores concentrados en los mítines del Primero de Mayo representen a toda la comunidad de asalariados y, en consecuencia, cabe hacerse esta nueva reflexión: ¿por qué las masas no parecen escuchar el llamado de sus dirigentes y debilitan, con su ausentismo, el esfuerzo común contra el adversario de clase?

Si dejáramos de formular la interrogante no examinaríamos, con ánimo verdadero y honesto, una realidad cada vez más dramática, un programa cuya solución se plantea cada vez con mayor urgencia.

No hay una respuesta dinámica, masiva, de clase, a las múltiples y graves contingencias que afectan a los trabajadores. La política de provocaciones del gobierno reaccionario —el reajuste enano es su nota más expresiva— se ha enfrentado a fuerzas desmoralizadas, en constante repliegue, en una actitud de desánimo mental. En el paro del 17 de marzo estuvieron ausentes poderosas organizaciones gremiales, que, por lo demás, rubricaron con su asentimiento la decisión adoptada por la Central Unica. En la prolongada huelga de los mineros del carbón, extraordinariamente dura y penosa para esos heroicos obreros y sus familias, no ha existido una solidaridad efectiva de la clase trabajadora, solidaridad que va más allá del menguado apoyo económico y que debe concretarse, naturalmente, en una efectiva presión económica que intimide de veras a los empresarios y a sus agentes gubernamentales. Son podero-

sas las armas de la clase trabajadora cuando ésta mantiene su unidad y su voluntad de lucha.

Pero, hemos comenzado diciendo que lo esencial es formar la conciencia política de la clase asalariada. Por sobre los ritos y las manifestaciones mecánicas de recordación, ésta es la cuestión candente que deben resolver los trabajadores. Ya no basta la movilización parcial de sindicatos y gremios tras la solución de sus particulares reivindicaciones. Este regreso al economismo, tan celebrado por los teóricos de las relaciones industriales, implica la actitud claudicante de los trabajadores, el retroceso, la pérdida de cualquiera posición duramente conquistada, la ignominiosa derrota.

La declaración de principios de la Central Unica, aunque producto de la transacción entre los puntos de vista de las diferentes tendencias existentes en el movimiento obrero, reconoce expresamente que el papel de la clase trabajadora va mucho más lejos del simple enfrentamiento con los empresarios o el Estado burgués en el ámbito de los conflictos meramente económicos. Se trata de una modificación substantiva de las condiciones sociales y de la responsabilidad ejecutiva de los trabajadores en acontecimientos que trascienden la lucha gremial. Se trata, en fin, de la fundamental participación de la clase trabajadora en la transformación revolucionaria de la sociedad, en la edificación de la sociedad socialista.

Planteados los objetivos de lucha con tal perspectiva histórica, las tareas reivindicacionistas de los asalariados deberán buscar ansiosamente una proyección política. Y el proceso social chileno se desarrolla en condiciones que no pueden ser más claras, más categóricas. ¿Con quién se enfrentan los trabajadores? Con un gobierno expresivo de la clase de los empresarios monopolistas y los terratenientes. El poder del Estado ha caído en manos de personajes que, con agresiva altanería, manifiestan públicamente su propósito de implantar en la administración de la comunidad los procedimientos egoístas y la avidez lucrativa de los gerentes de la empresa privada.

Ahora bien, las mayorías que forman la comunidad nacional están integradas por los trabajadores. En consecuencia, este precario número de gerentes, de empresarios monopolistas, de banqueros, que detentan el poder político, constituyen la vanguardia desafiante de la reacción y son sus posiciones las que deben atacar los trabajadores, en todo momento, con todas las formas de lucha, incansablemente, con tenacidad irreductible.

La lucha de asalariados y empresarios por condiciones de trabajo más dignas y más justas remuneraciones se ha transformado, en las actuales circunstancias, en la lucha de la clase trabajadora contra las instituciones regresivas típicas del Estado burgués. Por eso, las viejas tácticas del economismo sindical han caducado y las organizaciones que se empeñan en mantenerlas están amenazadas con la desintegración. Si los empresarios han llegado al poder político, corresponde a los trabajadores desalojarlos del poder político. Las masas tienen una tarea mucho más trascendente, una tremenda responsabilidad histórica, grande e ineludible.

Si la clase trabajadora ha de tener conciencia plena de esta misión que señalan los porfiados hechos del proceso social, no hay duda que ello implica una comprensión esencialmente política de su actividad. La conciencia de cla-

se, por sí misma, se forma, madura y se desarrolla dinámicamente en la medida que va traduciéndose en una actitud política de las mayorías económica y socialmente explotadas por las élites del poder burgués.

Ahora bien, ¿cómo formaremos debidamente la conciencia política de la clase trabajadora? Nadie puede ocultar el hecho —y nada aconseja ocultarlo— que en la Central Unica se expresan diversas tendencias políticas, primordialmente las tendencias mayoritarias del movimiento popular, socialistas y comunistas. Aún más, en diversas oportunidades se han establecido relaciones de coordinación entre la Central Unica y el Frente de Acción Popular con objetivos tal vez más trascendentes que las meras acciones comunes. Las consultas entre dirigentes sindicales y los dirigentes políticos del movimiento popular se llevan a cabo frecuentemente. La experiencia ha señalado que los fines de una estrategia conjunta y el desarrollo de acciones tácticas combinadas son condiciones básicas para alcanzar triunfos de incalculables proyecciones económicas y políticas.

Si aceptamos estas premisas, debemos convenir en que el fortalecimiento orgánico de la Central Unica echa raíces que se nutren con el fortalecimiento ideológico del movimiento popular, cuya dirección política es el FRAP. El Frente de Acción Popular ajusta su conducta a una línea política muy definida, que se conoce con el nombre de Frente de Trabajadores. Hay, pues, todo un sistema de relaciones y de factores de interdependencia que enlazan al movimiento económico de la clase trabajadora con decisiones políticas que nadie podrá impedir que las lleve a cabo.

Debemos plantear estos hechos ante los trabajadores con absoluta claridad, echando por la borda los prejuicios estúpidos que han pretendido “independizar” las luchas económicas de la clase trabajadora de sus luchas ideológicas y políticas. Las masas deben comprender que es uno y lo mismo luchar por reivindicaciones económicas, fortalecer la organización sindical, dar victorias políticas al movimiento popular y conquistar el poder. Todo es uno y lo mismo; todo, en su conjunto, significa el bienestar y la justicia para el pueblo a través de la edificación de la sociedad socialista.

Cumpliendo dignamente esta tarea formaremos la conciencia política de la clase trabajadora.

M. G.

En nuestro número anterior, en la sección “Los caminos del socialismo”, publicamos un importante trabajo sobre el socialismo moderno, firmado por el político francés Pierre Mendes-France. Por una lamentable omisión, no apareció su fuente: “L'Express-Prensa Latina”. Presentamos nuestras excusas a las agencias en referencia. LA DIRECCION.